

Los Descentralistas Arequipeños en la Crisis del 30

José Luis Rénique

LA CRISIS DE los años 30 es una interesante puerta de acceso al estudio del siglo XX peruano en la medida en que en las épocas de crisis las sociedades se revelan y muestran sus tensiones internas. Entre los muchos aspectos que emergieron a la superficie en los agitados años 1930–1933 está el de las diferencias regionales, cuestión que cobró actualidad luego de varias décadas de latencia, motivando una vigorosa reacción provinciana que Jorge Basadre denominó en **Perú: Problema y Posibilidad** “La subversión de las Provincias”.

El problema de las diferencias regionales mantiene su actualidad. Inclusive en países con una prolongada experiencia nacional, surgen en los últimos tiempos movimientos autonomistas que expresan desniveles internos importantes, tanto en el plano cultural, como en el económico y el político; tal es el caso de los catalanes y los vascos en España, de los corsos y los bretones en Francia, de los flamencos en Bélgica y de los galos y escoceses en Inglaterra. También los movimientos separatistas que ocurren en Africa y Asia —el actual movimiento kurdo en Irán por ejemplo— nos hacen recordar que el surgimiento de la nación formal no ha borrado las antiguas particularidades regionales.

En el Perú en los años que siguieron a la Independencia la vida regional fue relativamente autónoma ante la desarticulación política y económica que suscitó la desaparición del Estado colonial. Sobre todo en el Sur alcanzaron difusión las ideas separatistas y de anexión a Bolivia, las que se materializaron en la Confederación Perú–Boliviana. Cuando a partir de 1840 se inició la explotación del guano y luego del algodón y del azúcar las

disparidades regionales se acentuaron, en Lima y en la costa norte se concentraron el poder político y los beneficios económicos, en tanto que la sierra quedó al margen de los circuitos económicos internacionales. Mientras en Lima, en el camino al Callao —ha escrito Macera— morían los artesanos combatiendo la importación de enseres domésticos, el peón de la sierra pagaba derecho de pernada al señor de la tierra. El dinero del guano hizo posible erigir un gobierno central en Lima. Por primera vez después del dominio español, nació una burocracia y un ejército más o menos organizado, lo que fue el comienzo de una de las tendencias dominantes de la historia política posterior: la centralización del Poder político en los gobiernos limeños apoyados en la economía de exportación de la Costa. La tendencia centrípeta concomitante fue la decadencia de las élites provincianas.

Luego de la Guerra del Pacífico y más aún durante la República Aristocrática la burocracia capitalina y las ciudades de la costa norte concentraron poder y riqueza; sin embargo, hubo en el gobierno oligárquico un fermento de descentralización tibio y desarrollista que no llegó a aliviar el enorme desequilibrio existente entre la capital y las regiones. ¹ Durante la década del 20 Leguía intentó remediar dicha situación creando los Congresos Regionales, los que no pudieron contrarrestar la tendencia de una economía dependiente que propició el auge de Lima y la costa norte y mantuvo en el atraso al resto del país. Los ingentes préstamos extranjeros pactados por Leguía terminaron financiando el progreso material de la capital la que en esa década atrajo importantes flujos migratorios del interior del país, reflejando la disparidad existente entre su desarrollo y el atraso provinciano. Durante el oncenio la postergación provinciana llegó a un punto álgido, en algunas regiones del país los sectores medios —engrosados con la expansión estatal y el crecimiento de las actividades comerciales y manufactureras— manifestaron desde mediados de la década del 30 su descontento y sus reivindicaciones a través de movimientos que cobraron características propias, de acuerdo a los problemas concretos de sus respectivas regiones. En el norte, donde el impacto del capital foráneo afectó seriamente al comercio local, surgieron posiciones anti-imperialistas que más tarde desembocarían en el movimiento aprista. En Cusco y Puno

donde a las angustias provocadas por el centralismo se sumó el drama de los indígenas, víctimas del violento avance del latifundio, surgió el indigenismo. En Arequipa, cuyos sectores medios comerciantes y profesionales buscaban hegemonizar sobre el mercado regional sureño, surgió el movimiento descentralista que exigió la autonomía política y económica necesaria para impulsar el desarrollo local. Los descentralistas arequipeños fueron los principales protagonistas de uno de los momentos más graves de la crisis política de los 30, cuando entre febrero y marzo de 1931 llegaron a conformar una Junta de Gobierno en rebeldía con respecto al gobierno central. El presente artículo estudia esos acontecimientos.

ANTECEDENTES HISTORICOS

Desde los tiempos coloniales Arequipa estuvo ligada económicamente a los actuales departamentos de Puno y Cusco, al Alto Perú y al norte de Argentina. Una serie de causas —decadencia de Potosí, insurrección de Túpac Amaru y los efectos de las reformas borbónicas del siglo XVIII— propiciaron el decaimiento de ese antiguo vínculo mercantil cuyo eje era el abastecimiento del populoso asiento minero de Potosí. Solamente después de 1830 apareció el elemento que conectó nuevamente a Arequipa con el Cusco y Puno: el comercio de lanas, incentivado por la demanda británica de las industrias laneras de Lancashire. Las lanas —producidas por haciendas tradicionales y comunidades indígenas— eran transportadas a Arequipa, desde donde se exportaban a través de Arica e Islay. Una serie de casas comerciales, en su mayor parte extranjeras, se instalaron en la ciudad mistiana para desarrollar tanto la exportación de lanas y cueros sobre todo, como la importación de manufacturas. De esa forma Arequipa se convirtió en el vínculo entre el sur del Perú y el mercado mundial.

Con la construcción del ferrocarril —en manos de la Peruvian Corporation— se inició la penetración del capital extranjero la que no tuvo el carácter abrumador ni la envergadura que alcanzó en otras regiones del país como el valle de Chicama o la sierra central.² Con esta nueva vía de comunicación las casas comerciales

encontraron las condiciones propicias para aumentar sus exportaciones, hacia fines de siglo éstas se multiplicaron; la firma inglesa de Anthony Gibbs e hijos y la francesa Braillard fueron las primeras, posteriormente, en 1895 se estableció la casa Ricketts, en 1900 Rey de Castro y Cía. se encontraba en plena actividad. La casa Said e Hijos se fundó en 1898. En fechas similares se intensificó el movimiento de otras firmas como Gibson, Stafford y Cía., Patten y Michell, Emilio de Romaña y Muñoz Nájar. ³ A fines del siglo pasado la hegemonía de Arequipa sobre la región sur quedó definida y, a pesar de las diferencias existentes, el conjunto regional llegó a conformarse teniendo como eje al comercio lanero. Paralelamente quedó definida la fisonomía de la clase alta arequipeña: la oligarquía, según Flores Galindo. La riqueza de la oligarquía arequipeña dependió de las exportaciones laneras. De educación mayoritariamente europea y con poca o ninguna afinidad con el medio en que vivían la oligarquía devino en un grupo cerrado, numéricamente reducido y protegido por estrechos lazos familiares. Sus miembros —los Gibson, Stafford, Emmel, Ricketts, Rey de Castro por ejemplo— figuraron constantemente en los principales cargos del Concejo Provincial, el Club Arequipa y la Cámara de Comercio, el gremio de los más importantes comerciantes arequipeños. La oligarquía mistiana alentó un orden conservador, tradicionalista y ultramontano en materia religiosa, su mentalidad señorial concebía a la sociedad arequipeña como un conjunto armónico carente de contradicciones internas. ⁴

A pesar de las dificultades económicas y los negativos efectos del centralismo capitalino que —sobre todo durante la década 1920—1930— afectaron a sus actividades económicas, la oligarquía arequipeña no se empeñó nunca en la lucha por el federalismo o en la búsqueda de una relativa autonomía del sur dentro del Perú. ⁵ Los comerciantes oligárquicos dirigieron sus capitales a la actividad más rentable: el comercio de lanas, además, la búsqueda de una ganancia fácil les obligó a dejar de lado la posibilidad de transformar cualitativamente la región, de esta manera el espacio pre-capitalista y atrasado sobre el que ejercían su poder configuraba un mercado reducido y pobre. En ese panorama, como correctamente ha afirmado Flores Galindo, la industrialización se aparecía para los grandes comerciantes laneros como una empresa audaz, difícil y casi imposible. Incluso las

manufacturas más simples les parecieron complejas, "...tanto los libros en blanco como las libretas y cuadernos empastados son de difícil elaboración"⁶, decía en 1924 el presidente de la Cámara de Comercio de Arequipa, más de 60 años después de que Francisco Garmendia, pionero de la industria cusqueña, instalara en Lucre la primera fábrica de tejidos en el sur y una de las primeras en el país.

Las industrias iniciaron su producción en las primeras décadas del siglo XX, en 1920 funcionaban: la Fábrica de Tejidos "La Industrial", la Fábrica de Cerveza Ghunter y Tidow, la Fábrica de Galletas Victoria y la de chocolates "La Ibérica", varias curtiembres, fundiciones y lavaderos de lana. Sin embargo, en conjunto dicho sector fue reducido y subordinado al capital comercial, la producción artesanal se desarrolló hacia el campo de los servicios antes que a las ramas transformativas, en las que el comercio de importación absorbía la demanda regional, trabando el desarrollo de los capitales locales.⁷ En tales condiciones fue difícil el desarrollo de un sector burgués industrial por lo menos antes de 1930.

Desde principios del siglo XX una serie de cambios afectaban a la estructura social sureña. Vinculados a la expansión del capital comercial y a la mayor división del trabajo surgieron nuevos grupos sociales: abogados, empleados, y agentes al servicio de las casas comerciales, empleados y obreros del ferrocarril, etc. Los pueblos en la ruta ferroviaria comenzaron a crecer y con ellos los llamados "**sectores medios**": maestros, funcionarios, profesionales, empleados de bancos, pequeños propietarios, comerciantes minoristas, etc.⁸ Esta diversificación social se reflejó en la democratización de la Universidad, la que abrió sus puertas a los nuevos sectores que la obligaron a cambiar de orientación. La mayoría de los indigenistas cusqueños —señala Marfil Francke— provenían de estos sectores al igual que los liberales arequipeños de principios de siglo y que los descentralistas arequipeños. Los sectores medios carecían de homogeneidad y no reunían las condiciones para formar una clase, su composición reflejaba los recientes cambios que afectaban a la vida regional. Si bien una fracción de los sectores medios tomaría paulatinamente

características burguesas, hacia los años 30 no había adquirido ni la capacidad empresarial ni los recursos suficientes para emprender un proceso de industrialización sostenida. Por lo menos hasta fines de la década del 20 el proceso global de formación de la industria arequipeña mantuvo su subordinación al capital comercial, un hito importante en la diferenciación de los medianos comerciantes y fabricantes arequipeños con respecto a los grandes comerciantes laneros reunidos en la Cámara de Comercio fue la fundación, en 1924, de la Asociación de Comercio e Industrias. Acuciados por la mala situación económica los miembros de este gremio presentaron sucesivas protestas a las autoridades capitalinas, inclusive en 1930 llegaron a exigir una moratoria para el cumplimiento de sus obligaciones mercantiles.⁹

Estas difíciles circunstancias que los medianos comerciantes y fabricantes debieron afrontar hacia los años 30 agudizaron la disconformidad contra el régimen leguista. A diferencia de lo que ocurría con los poderosos comerciantes oligárquicos, entre esos comerciantes mistianos de menos envergadura existía un marcado interés en propiciar el desarrollo regional y librarse de la pesada carga que significaba el centralismo limeño que administraba la riqueza regional en beneficio propio, todo lo cual redundaría en la ampliación del mercado regional y, evidentemente, en la elevación de sus ventas. Por todas estas razones algunos personajes procedentes de este sector participaron en el Partido Descentralista, en cuyo programa quedaron inscritas sus inquietudes.

En la misma dirección actuaba un grupo de profesionales liberales e intelectuales que, ante los problemas expuestos plantearon una serie de reivindicaciones descentralistas. Ambos núcleos coincidieron en la formación del Partido Descentralista tal como puede desprenderse del análisis de sus integrantes.

No siendo Arequipa una ciudad industrial no existía en ella, hacia los años 30 una clase definitivamente proletaria, sus clases populares eran sobre todo artesanales, los organismos sindicales tuvieron un desarrollo limitado y no llegaron a impulsar una línea clasista, por el contrario, el movimiento sindical participó activamente en las luchas democrático-liberales del frente regional

cuya dirección estaba en manos de los sectores medios.¹⁰ Solamente una reducida porción de la masa urbana estuvo comprometida en la acción sindical, la gran mayoría vivía al margen de cualquier forma de organización y con escaso nivel de conciencia, en ese sector Sánchez Cerro encontró a sus más entusiastas seguidores.

Durante el oncenio, como ya hemos mencionado, el centralismo capitalino se acentuó, en el sur surgieron nuevos planteamientos descentralistas sustentados en duras críticas a la organización administrativa en vigencia. Expliquémonos. Fracasados los Congresos Regionales el gobierno leguista fue absorbiendo funciones antiguamente autónomas, las Municipalidades fueron suprimidas y reemplazadas por Juntas de Notables y muchas de las viejas atribuciones municipales fueron asumidas por el Estado. En 1927 las partidas otorgadas a los gobiernos locales para obras públicas fueron cortadas y el Ministerio de Fomento centralizó su administración. El control presidencial sobre el sistema administrativo se incrementó de manera tal que las decisiones finales quedaron en manos de Leguía y sus allegados. El progreso material se concentró en Lima, donde se disponía de los créditos internacionales y de los cuantiosos empréstitos, como lógica consecuencia la Capital concentró las más importantes funciones e instituciones económicas, sociales y culturales. En estas condiciones el desarrollo regional estaba limitado por las decisiones capitalinas controladas por intereses agro-exportadores limeños y norteños. Con el crecimiento de los sectores medios y los cambios ocurridos en las primeras décadas del XX surgieron nuevas perspectivas sobre el problema regional. Según escribió Emilio Romero en 1927, el activo intercambio que por aquel entonces vinculaba a los pueblos del sur posibilitó el surgimiento de planteamientos regionalistas cualitativamente diferentes a los de antaño:

“El localismo de ayer públicamente llamado regionalismo, desaparece de las ciudades. Sus clases intelectuales tienen un ideal común, sus clases sociales se conocen y el comercio activo las ha puesto en comunicación. Ahora encontramos que lo que hasta ayer se llamó regionalismo, no fue sino un egoísmo de ciudades.”¹¹

Años después Romero escribió que no fueron las nuevas teorías o las nuevas escuelas las que terminaron con el viejo regionalismo —en rigor un localismo de corte sentimental— sino el desarrollo empresarial, público y privado ocurrido en el sur hacia los años 30.¹² En la segunda mitad del oncenio comenzaron a difundirse los nuevos planteamientos descentralistas, de los que el intelectual puneño Emilio Romero fue uno de los más lúcidos expositores.¹³ El nuevo regionalismo postulaba que la región sur no existía sino como un ideal socioeconómico que debía realizarse en base a un profundo estudio de la problemática sureña y que la solución del problema regional tenía sentido dentro de una reestructuración de la organización nacional en su conjunto, cada región debía disponer de sus recursos y contar con la autonomía necesaria para impulsar el desarrollo local.

Estos planteamientos regionalistas tuvieron algunos predecesores. En el programa del Partido Liberal arequipeño, por ejemplo, se manifestó la necesidad de implantar la descentralización. Víctor Andrés Belaúnde, por su parte, enfatizó en el aspecto político del problema proponiendo fortalecer a la participación política de los departamentos, para lograrlo debía reemplazarse a las fuerzas neofeudales de los grandes propietarios y sus clientelas, verdaderos caciques parlamentarios, por un parlamento representativo de células vigorosas y desarrolladas capaces de enfrentarse en mejores condiciones al poder central.¹⁴ Sin embargo, no hubo en el planteamiento belaúndista el ánimo reformista que animó al regionalismo de los años 30.

Si hasta cierto momento los planteamientos regionalistas habían sido individuales y de carácter teórico algunas causas posibilitaron su difusión hacia los años finales del oncenio. En primer término la acentuación del centralismo leguista y la poca atención que el régimen de la “Patria Nueva” concedió a los problemas del sur. En segundo lugar, la mala situación del negocio lanero que afectaba en vastos sectores de la población ligados a él directa o indirectamente. En tercer lugar la falta de libertades y las sucesivas reelecciones —protagonizadas por Leguía. Por todo lo cual —cuenta Mario Polar— existía en Arequipa un generalizado clima de oposición a Leguía. Ante la inercia de la oligarquía arequipeña, dedicada a salvar sus negocios de la quiebra, los sectores medios

acentuaron su preocupación por el desarrollo local. A "...Sudperú, en esta hora de compulsación de fuerzas, correspóndele una acción principal",¹⁵ escribió Luis E. Valcárcel en 1927 recogiendo la inquietud de las capas medias sureñas.

Un ingrediente definitivo acrecentó el malestar imperante en Arequipa: la crisis económica que en 1930 comenzó a golpear duramente al país, en ese año la Ciudad Blanca proporcionaba el ambiente adecuado para una rebelión contra Leguía, según un contemporáneo la capital sureña había sido la "cenicienta del oncenio".¹⁶ En el mes de agosto del año 30 el comandante Luis M. Sánchez Cerro, encabezó en Arequipa un movimiento militar que culminó con el derrocamiento del Presidente Leguía. En la organización del movimiento el comandante mencionado contó con la colaboración de un grupo de arequipeños: Manuel Vinelli —ex-ministro de Pardo—, Clemente Revilla, José Manuel Chávez Bedoya, el joven abogado José Luis Bustamante y Rivero y Guillermo Lira —propietario de la importante negociación azucarera Pampablanca— quien habría prestado ayuda económica para la materialización del movimiento.¹⁷ Con el triunfo de la rebelión algunos de ellos ocuparon cargos en el gobierno local: Lira sustituyó a F. Emmel en la Alcaldía, Juan Vidaurrázaga, propietario de la Fábrica de Chocolates "La Ibérica" fue el nuevo Teniente Alcalde, Clemente Revilla fue nombrado prefecto y Manuel Chávez Bedoya sub-prefecto. La "Revolución de Agosto" impactó a los sectores populares quienes vieron en Sánchez Cerro a su protector, el que había derogado la Ley de Conscripción Vial, pretexto que permitió cometer innumerables abusos, y quien ordenó repartir víveres entre los desocupados. Al igual que en Lima, en Arequipa la caída de Leguía propició el ingreso espontáneo y sin dirección, de las masas urbanas al escenario político. El entusiasmo de las masas arrastró también a jóvenes de los sectores sociales acomodados, Mario Polar ha hecho el siguiente recuerdo de lo sucedido en Arequipa a fines de agosto de 1930:

"Estuve en las pobladas que recorrieron las calles clamando sanciones y vivando a Sánchez Cerro y entre las multitudes que arrojaron piedras a los periódicos que habían sido adictos al régimen. Ví a gentes tan reflexivas y frías como Alberto Romaña, integrarse en multitudes vociferantes; y conocí ese fervor que es la pasión pura, deslastrada de ideas, que mueve a las masas enardecidas".¹⁸

Para mantener el orden fue preciso apelar a una Guardia Urbana cuya organización estuvo a cargo de la Asociación de Comercio e Industrias y de las Compañías de Bomberos.

Para los sectores medios el cambio de gobierno abrió las posibilidades de materializar sus aspiraciones descentralistas, para ellos Sánchez Cerro, luego de derrocar a Leguía, dejaría libre el camino para un posterior retorno a la vida constitucional, el marco adecuado para hacer efectivas sus reivindicaciones. El Manifiesto de Arequipa, lanzado por Sánchez Cerro dio cabida a esas expectativas al afirmar que se buscaría la autonomía económica de las provincias, un aspecto indispensable —afirmaba dicho documento— para fomentar el progreso local con la legítima aplicación de sus recursos.

Un enorme entusiasmo invadió en aquellos días a la población arequipeña en la que predominaba el sentimiento, frecuente en la historia mistiana, de que Arequipa se situaba a la cabeza de la lucha contra la tiranía. El 27 de agosto un diario arequipeño afirmó:

“La enérgica actitud de nuestro Jefe Supremo, Teniente Coronel Luis M. Sánchez Cerro, al intimar a la Junta Militar de Lima a que reconozca al Gobierno de la Revolución, cuya sede es Arequipa, es fiel expresión del sentimiento de dos millones de ciudadanos del Sur del Perú, decididos a sacrificar cuanto sea necesario para que el espíritu de la Revolución sea mantenido por sus propios creadores y no corra el peligro de desvirtuarse en la corrompida politiquería limeña. Hoy, de hecho, Arequipa es la capital política del Perú, y no debe perder el rol que le ha conquistado el heroísmo y la honradez de los dirigentes revolucionarios”¹⁹

En esas circunstancias y en los agitados meses que siguieron al triunfo de Sánchez Cerro los intelectuales y profesionales jóvenes fueron sintiendo la necesidad de darle forma política a sus exigencias, Manuel Núñez Valdivia declaró:

“La política ha absorbido las actividades de toda la intelectualidad arequipeña. El literato arequipeño recién ha comprendido que debe intervenir en política.”²⁰

Este fue el contexto histórico en que fue tomando forma política el movimiento descentralista arequipeño. El nacimiento del Partido Descentralista, en enero de 1931 fue una expresión del impulso político tomado por los sectores medios a partir del derrocamiento de Leguía.

El nuevo partido tenía como objetivo fundamental propulsar la “descentralización”, la fórmula que permitiría —cancelando el centralismo capitalino— propiciar el desarrollo regional.

El Programa del Partido Descentralista contenía reformas no sólo de orden local sino nacional, el problema del regionalismo cobraba sentido dentro de una “...efectiva reconstrucción nacional”. Una nueva demarcación política, planeada de acuerdo a las características económicas y sociales de cada departamento haría de cada uno de ellos un **Poder Regional** con autonomía para fomentar y cuidar su riqueza, para recaudar, administrar e invertir sus rentas. Solamente los fondos indispensables para satisfacer las necesidades de carácter central y nacional serían administrados por el gobierno central. También en el plano de la educación y la cultura tendría vigencia la autonomía; los métodos pedagógicos, la administración educativa y los planes de enseñanza debían responder a las características psíquicas y sociológicas de cada región. Manteniendo la propia personalidad cultural —puntualizaba el programa descentralista— el vínculo espiritual nacional quedaría fortalecido.

Los Municipios serían el eje de la administración local, pero se crearían nuevos organismos regionales que tendrían sobre el **Poder Central** el derecho de control, de consulta y de acusación. Cada región tendría derecho a nombrar sus funcionarios judiciales, si bien la función legislativa seguiría siendo centralizada, existirían disposiciones especiales para modificar o adaptar la ley nacional a la realidad regional. En el parlamento, el trabajo y la responsabilidad debían reemplazar al “lucro desvergonzado”, una de las Cámaras tendría representación gremial.

Con respecto a la deuda pública proponía revisar los contratos que las habían originado y, si bien “...no es posible una medida

radical, por la obligación de respetar el crédito internacional de nuestro país”, debía obtenerse la moratoria y el reajuste. En el futuro no podrían contratarse empréstitos nacionales sin el referéndum de las Regiones departamentales a excepción de casos de guerra nacional. Con respecto al imperialismo económico:

“Ante este hecho (...) es necesario que, mientras se formen las resistencias económicas propias del organismo nacional, se adopten medidas defensivas y controlativas, como la nacionalización del sub-suelo”

En el plano internacional debía procurarse la solidaridad con los Pueblos Iberoamericanos.

Decir cuestión social en el Perú —afirmaba el programa descentralista— equivale a decir cuestión indígena, este grave problema nacional debía ser abordado principalmente en sus dos aspectos: el agrario-económico y el pedagógico. Al primero le correspondía: reconocer, fijar y regular las distintas formas de propiedad indígena, tomar las precauciones jurídicas administrativas para controlar las relaciones económicas del indígena con los demás ciudadanos, normalizar las instituciones sociales y agrarias de la población autóctona y especializar la legislación en los aspectos que sean necesarios. Corresponden al aspecto pedagógico: crear un magisterio especializado y adoptar métodos y administración educacional propios. El objetivo de dicha acción social - se afirmaba— es hacer que el indio evolucione con sus propios elementos culturales hacia la concordancia y unificación con los demás sectores del país. Las entidades regionales serían las indicadas para realizar la acción social por el indígena. En lo relativo a la clase trabajadora y empleados ubicados en algunas ciudades de la costa, en toda cuestión social o semejante debía tomarse al capital como un elemento de función social. 2 1

Este programa contenía aspectos bastantes avanzados para la Arequipa de los años 30, sus líneas recogían las inquietudes de los sectores medios mistianos en favor del desarrollo regional, las que eran presentadas como una cuestión de interés general, “...esta corriente no patrocina caudillos ni encubre intereses”, declaraban.

Entre sus firmantes figuraban el Alcalde Guillermo Lira y algunos concejales ingresados al Concejo a raíz de la Revolución de Agosto del 30 (Augusto Valdivia y Germán Alvarez y Luis Rubina), abogados (Enrique Bustamante y Corzo, Francisco Pastor y Segundo Nûñez Valdivia), ingenieros (Luis A. Gilardi y Eduardo Bustamante Ordóñez), el médico Alejandro Benavente Alcázar, José Portugal propietario de una farmacia, el destacado poeta César A. Rodríguez y comerciantes como Ismael Cuadros.

LA REVOLUCION DE FEBRERO Y LA JUNTA DEL SUR

El apoyo que inicialmente los sectores medios sureños habían concedido a Sánchez Cerro comenzó a deteriorarse hacia fines del año 1930. Una serie de cartas, cursadas entre David Samanez Ocampo* y Manuel J. Bustamante de la Fuente**, así lo confirman. Uno de los aspectos más criticados a la Junta sanhecerrista fue su política económica, Bustamante de la Fuente señaló que la misión de Manuel A. Olaechea en la cartera de Hacienda había estado dirigida a servir a los intereses americanos.²² Samanez, por su parte, declaró que solamente después de

* David Samanez Ocampo era un viejo hacendado apurimeño conocido en la sierra sur por su probado coraje, por su honradez y su lealtad a Nicolás de Piérola. Luego de haber participado en sucesivas montoneras en 1919 figuró como candidato vice-presidencial dentro de la fórmula encabezada por Isaías de Piérola, elegido senador por Apurímac ese mismo año prefirió los peligros de la conspiración a las comodidades del parlamento, apresado fue recluso en la isla de San Lorenzo y luego deportado.

Las prolongadas persecuciones afectaron significativamente su fortuna y le granjearon enorme simpatía en el sur, en 1931 contaba con 68 años y estaba prácticamente retirado de la vida pública.

** Manuel J. Bustamante de la Fuente era un abogado de 41 años en 1931. Ganó prestigio desde joven como maestro del Colegio Independencia Americana, fue uno de los primeros abogados arequipeños —señala Guillermo Zegarra Meneses— en desarrollar sus actividades en el terreno comercial e industrial, hacia los años 20 estuvo ligado a la Cámara de Comercio de Arequipa. Decididamente antileguiísta debió marchar al extranjero por varios años, volviendo en 1930. Fue el hombre fuerte del movimiento arequipeño de Febrero de 1930 y de la Junta de Gobierno del Sur, en repetidas oportunidades se le voceó como la alternativa centrista frente a las candidaturas presidenciales de Haya de la Torre y Sánchez Cerro.

revisar los empréstitos contratados por Leguía el país podía reconocer las deudas, y que con respecto a los pagos debía pedirse una moratoria. ²³

En efecto, una vez en el poder, Sánchez Cerro llevó adelante una política de defensa de los intereses agro-exportadores, inclusive conocidos miembros del civilismo se convirtieron en sus asesores; fue a instancias de estos últimos que en enero de 1931 Sánchez Cerro convocó a elecciones generales y lanzó su candidatura presidencial. Entre los descentralistas sureños la decisión tomada por Sánchez Cerro causó una enorme decepción, Samanez afirmó que se trataba de una vuelta a los métodos reeleccionistas utilizados por Leguía y contra los que había luchado en repetidas ocasiones, por lo que se dirigió a Sánchez Cerro para comunicarle que la opinión pública del sur había dejado de favorecerle ²⁴. Esfumadas las ilusiones de que el corolario de la Revolución de Arequipa hubiese sido el retorno a la constitucionalidad Bustamante de la Fuente sugirió el camino a seguir:

“Resuelta la cuestión política en el sentido que lo ha querido Sánchez Cerro y salvada nuestra opinión honrada y lealmente, debemos, en nuestro concepto desistir de presentar nuestras candidaturas (...) **por lo menos debemos poner de nuestra parte los medios para obtener la elección y poder controlar después los actos del gobierno...**”²⁵ (Los subrayados son nuestros)

También David Samanez fue de la misma opinión, “...no encuentro otro camino que la insistencia en la Constituyente ya decretada...” manifestó.

Aun en el mes de febrero, Bustamante de la Fuente reiteró la necesidad de participar en la campaña electoral, pues de no ser así, se corría el riesgo de que ocuparan los escaños elementos de ínfima clase incapaces de controlar al Gobierno. Algunas apreciaciones, aparentemente subjetivas, completaron las objeciones que provocó Sánchez Cerro entre los sectores medios del sur. Luego de conocerlo, Bustamante de la Fuente comentó que le había dejado una penosa impresión “...las condiciones morales, físicas e intelectuales del hombre en cuyas manos habíamos caído”²⁶ Por su parte, el Partido Descentralista le señalaba como

un hombre de verbo soez y despectivo que denominaba al pueblo con frases denigrantes como “cholos babosos” e “indios piojosos”.²⁷

La importancia concedida a esos aspectos personales del comandante ocultaba un marcado repudio a su comportamiento caudillesco y recelo hacia su capacidad para movilizar a los elementos más humildes de la población hacia quienes sentía una mezcla de temor y hostilidad.

El intento auto-eleccionario de Sánchez Cerro tuvo también un negativo impacto en el Ejército. La élite militar no aceptaba que un subalterno llegara al puesto reservado tradicionalmente para los generales. En las regiones militares, ligadas por débiles lazos con las guarniciones capitalinas, los jefes se vincularon con los intereses locales, “...nadie sospechó - escribió Benjamín Chirinos - que este regionalismo militar se convertiría en regionalismo político”²⁸ Se ha señalado, también que una rebaja de los sueldos castrenses decretadas a principios del 31 contribuyó a acentuar el malestar entre las filas militares. La situación de anarquía que el ejército vivió en esos años nada tuvo que envidiar -ha escrito Villanueva- a los tormentosos días del caudillismo del siglo pasado; en marzo de 1931 David Samanez Ocampo afirmó que la insubordinación, desmoralización e indisciplina de las regiones militares de Arequipa y Cusco no podía ser mayor ni más delictuosa.²⁹ El 22 de enero debió estallar en el Cusco un movimiento de vastas proporciones, reveló Samanez al tiempo que comentaba “...esto es una olla de grillos y no sería extraño que terminara en forma trágica”³⁰

A pesar de que Sánchez Cerro removi6 por completo al personal de oficiales de todos los cuerpos de tropa, colocando frente a ellos a sus amigos y partidarios, le fue imposible impedir el estallido de movimientos militares que exigían su renuncia.³¹ Primero fue el General Martínez en el Real Felipe y luego las guarniciones de Arequipa y Piura. El 20 de febrero se produjo el movimiento militar en Arequipa, fue Manuel J. Bustamante de la Fuente quien por el lado civil coordinó la realización de los planes sediciosos* y

* Baltazar Caravedo (“Poder central y Descentralización: Perú 1931”, p. 123), sostiene que hubo una fluida relación entre los jefes militares del movimiento ocurrido en Arequipa el 20 de Febrero de 1931. No hemos encontrado datos que permitan confir-

quien se encargó de redactar el manifiesto que daría contenido al movimiento. Algunos arequipeños de la época dijeron que el comandante Beytía, el jefe militar de la sublevación, estaba en contacto con Leguía. No podemos confirmar o negar esa versión pero lo que sí sucedió fue que hubo quienes pensaron que el

mar esa versión, por el contrario, el análisis de la correspondencia cursada entre David Samanez Ocampo y Manuel J. Bustamante de la Fuente refleja, once días antes del movimiento revolucionario, cierta resignación ante la auto-elección de Sánchez Cerro y subraya la importancia de obtener los escaños por Cusco y Arequipa para, por lo menos, fiscalizar la labor del caudillo en el gobierno. Por otro lado, Caravedo afirma que David Samanez Ocampo participó en entrevistas y conversaciones con los jefes militares. Tal cosa no pudo ser posible porque Samanez no estuvo en Arequipa en los meses inmediatamente anteriores al estallido militar, según se desprende de su correspondencia. En nuestra opinión, ni siquiera estuvo informado de los planes sediciosos; el señor Samanez estuvo en contacto con Bustamante de la Fuente con quien coincidió en oponerse radicalmente a la auto-elección de Sánchez Cerro pero nada permite asegurar que hayan coordinado planes de tipo militar, más bien, los sucesos del 20 de Febrero tomaron por sorpresa a David Samanez que a la sazón se encontraba en el Cuzco. En una carta a su esposa fechada en Lima el 22 de Marzo escribió lo siguiente:

"Parece un sueño o una novela todo lo que ocurre desde mi último viaje de esa (de su hacienda en Apurímac, J.L.R.) para el Cuzco. Se han venido encadenando las cosas de tal manera que puede creerse que una mano misteriosa ha intervenido en cuanto ha ocurrido ... a mi alrededor. La urgente llamada de Arequipa para que presidiera la Junta de Gobierno allá, que terminó por la renuncia global de aquella ante las dificultades que se presentaron..."

En otra carta a su esposa, en las que por su carácter personal existen menos posibilidades de falsear los acontecimientos políticos, Samanez relata la forma en que conoció el estallido de la revolución en Arequipa; está fechada en el Cuzco el 21 de Febrero, al día siguiente de los sucesos y un día después de que Samanez arribó al Cuzco procedente de Apurímac:

"Ayer a las pocas horas de mi llegada, que fue a las once del día, fuí llamado insistentemente por Sánchez Cerro y el Doctor Vinelli por el telégrafo de Palacio, pidiéndome con insistencia me hiciera cargo del ministerio o cartera de Hacienda. (...) Anoche a las 10 (el 20 de Febrero, J.L.R.) fuí llamado otra vez por el Presidente y Vinelli, insistiendo en que acepte el Ministerio de Hacienda a lo que contesté agradeciendo al Presidente por la confianza y el honor que quería dispensar pero negando aceptar el cargo. Seguimos conversando un rato más por el telégrafo cuando de repente llamaron de Arequipa a Palacio dando aviso de haber estallado la revolución en aquella ciudad. Horas más tarde a las 3 me mandaron llamar al célebre prefecto y los Jefes de Cuerpo para hacerme saber lo que ocurría. (...) En Arequipa pues ha triunfado la revolución y no sería extraño que las fuerzas de Puno y Juliaca se rebelen también y por último las fuerzas de policía de Abancay. Este es un frangollo de los mil demonios, debido tan sólo a la ambi-

movimiento podía ser el inicio de una restauración leguista. Al respecto es interesante el relato, hecho por el propio Bustamante de la Fuente, sobre los acontecimientos:

“A las doce de la noche se me mandó a buscar a mi domicilio para que me constituyera en la Prefectura y así lo hice de inmediato. Me llamó la atención, desde el primer momento encontrar en el patio de esa oficina a multitud de leguistas que pretendían aplaudir y adherirse al movimiento. Llamé la atención al comandante Beytía sobre la necesidad de retirar a todos los elementos leguistas pidiéndoles que no volvieran porque el movimiento no era de reacción a favor de Leguía sino contra Sánchez Cerro. Con no poco trabajo se logró despejar del local de la Prefectura a los leguistas...” 32

Descontando una breve refriega en la toma de la Comandancia General que dejó un saldo de tres muertos, las tropas dirigidas por los comandantes Beytía y Dianderas tomaron sin mayores apremios el control de la ciudad. Al día siguiente, los jefes militares, de acuerdo con Manuel J. Bustamante de la Fuente convocaron a miembros de la banca, del alto comercio y de las más importantes instituciones sociales a una reunión en la Prefectura. 33 En ella se decidió formar una Junta Civil que se hiciese cargo de la situación. Mientras tanto, los universitarios y el Partido Descentralista brindaron su total apoyo a la rebelión. Un manifiesto de este partido buscó que darle contenido a un movimiento que no mostraba tenerlos muy precisos. Los descentralistas llamaban a las armas para defender al país, de la

ción impropia de Sánchez Cerro y de los miserables consejos que por adulación y especulación lo alimentan en sus deseos descabellados. Ya te iré dando más noticias según las conozcamos...”

Ambos testimonios dejan sin base la siguiente suposición de Baltazar Caravedo:

“...en el Sur, Arequipa, los Comandantes Beytía y Dianderas se levantaron y junto con civiles organizaron un nuevo gobierno. Pero en el sur al parecer se trató de dos gobiernos, uno en Arequipa, presidido por Manuel F. Bustamante (sic.), y otro en Cuzco presidido por Samanez. Estos dos gobiernos del sur, sin embargo pronto se fusionaron”. (en “Clases, Lucha, Política y Gobierno en el Perú”, 1919-1933), Retama Editorial, Lima 1977, p. 108).

corrupción en que Sánchez Cerro y sus “camarillas capitolinas” habían querido sumirlo. Denunciaban, así mismo, los errores cometidos por el comandante en sus pocos meses en el poder.:

“La adulación limeña y la debilidad cívica de Sánchez Cerro lo impulsaron a desvirtuar, fatalmente, el Manifiesto de Agosto, y como consecuencia se opacó la aureola de prestigio que en un primer momento se consiguió derrocando a la dictadura”.³⁴

Criticaban a Sanchez Cerro haber suprimido la libertad de prensa y de reunión, haber masacrado a los estudiantes de San Marcos y a los obreros en Malpaso, la desvalorización de la moneda y el agravamiento del problema de los desocupados y, en lo que a las provincias se refería, haberlas mantenido en el abandono a la manera del régimen leguista. Si bien los descentralistas no habían participado en la concepción del movimiento, la Junta Civil asumió el programa del partido.

El 23 de febrero los jefes militares y sus asesores civiles se reunieron para dar forma a la Junta de Gobierno. Buscando la solidaridad con los otros departamentos sureños se decidió, a sugerencia de Bustamante, encargar la presidencia a David Samanez Ocampo, cuyo prestigio alcanzaba a todo el sur. Al encontrarse en el Cusco fue Bustamante de la Fuente quien asumió provisionalmente la presidencia de la Junta. La integraron, además: Luis E. Olazábal, Guillermo Lira, César A. Rodríguez, Gustavo Landázuri, Luis Alfredo Gilardi, Eduardo Bustamante Ordóñez, Francisco Mostajo y Carlos Belón. Algunos de los miembros de la Junta figuraban en el Partido Descentralista: Lira, Gilardi, Rodríguez y Bustamante Ordóñez, Carlos Belón —un comerciante lanero— representaba a Puno. Francisco Mostajo era en ella quien tenía más larga trayectoria política, había sido uno de los primeros seguidores de González Prada en Arequipa y al lado de Urquieta fue dirigente del Partido Liberal.

En las primera horas del movimiento militar existía confusión en torno a los ideales que animaban al movimiento. Una prueba en ese sentido la encontramos en el primer Manifiesto emitido por los rebeldes lanzado el 21 de febrero, en el que se señalaba que el Ejército del Sur desconocía a Sánchez Cerro y “... sometiéndose a

la Constitución de 1860 organiza una Junta Provisional presidida por el Coronel Aurelio García Godos..."³⁵, un viejo conspirador que se encontraba en el exilio. En ningún momento volvieron a repetirse estos argumentos; con el correr de los días, luego del Manifiesto del Partido Descentralista y de la formación de la Junta Civil, el movimiento consiguió formular algunos objetivos concretos:

- Derrocar a la tiranía imperante.
- Convocar inmediatamente a elecciones generales libres, con voto secreto y obligatorio y representación para las minorías.
- Establecer un régimen de descentralización económica y administrativa.
- Implementar un régimen tributario que deje libre la pequeña renta de lujo o de capitalización.
- Libertad de imprenta para todos los partidos.
- Formar un Consejo de Estado que prepare la nueva Constitución.
- Exigir la revisión de la deuda externa y la moratoria de su pago.
- Abaratar el costo de vida.
- Crear nuevas fuentes de riqueza nacional.³⁶

Esos objetivos recogían exigencias de los sectores medios sureños de una manera tan general que difícilmente hubiesen encontrado detractores; podían resumirse en los siguientes postulados: elecciones libres, descentralización, moratoria y rebaja del costo de vida.

Varios autores³⁷ coinciden en que el movimiento de febrero era decididamente impopular. Las masas arequipeñas, tal como ocurrió en Lima, mantenían su admiración por Sánchez Cerro y veían en su derrocamiento un acto injusto que le arrebatava de las manos lo que había conseguido con su propio esfuerzo.

La Junta del sur dictó una serie de medidas concernientes a la vida local: entregó al Municipio la administración del servicio de agua potable, dispuso la iniciación de algunas obras públicas de vital importancia como las carreteras Arequipa-Puno y Mollendo-Tambo; y de un campo de aviación; rebajó en un 20o/o

el alquiler de las casas cuyos precios fluctuásem entre S/. 1 y S/. 50, prorrogó el pago de letras y pagarés para aliviar la situación de los comerciantes, ordenó la construcción del camino a Yura y otras medidas de menor importancia como el nombramiento de nuevos directores escolares. Además buscando la solidaridad regional, la Junta invitó a los prefectos y alcaldes de los pueblos del sur a sugerir las medidas necesarias para lograr la pronta solución a sus problemas.

Buscando debelar el movimiento del sur Sánchez Cerro envió por vía marítima tropas encabezadas por el Comandante Gustavo Jiménez. En el sur se tomaron medidas defensivas, según ciertos datos se sembraron minas en el puerto de Mollendo y en la línea férrea de ese puerto a Arequipa, se ordenó la fabricación de bombas y se llamó a filas a los licenciados.³⁸ Inclusive los universitarios, contagiados por la euforia del momento, se ofrecieron para integrar un batallón que combatiese "contra la tiranía", pero no pasaron de las palabras. La guerra civil parecía inminente, sin embargo, la marina de guerra se interpuso entre las tropas de Jiménez y las del sur. Acto seguido, la marina emitió un comunicado en el que exigía la renuncia de Sánchez Cerro en vista de la grave situación, una de las más difíciles de la historia republicana:

"En el sur de la República se encuentran levantadas las fuerzas que ocupan Cuzco, Puno, Arequipa y Mollendo. (...) El norte de la República: Piura y Paita están en manos de fuerzas armadas y Chiclayo acaba de unirse a éstas. Es decir que las más importantes zonas agrícolas y comerciales del país se encuentran desligadas de la capital. Como no logra llegarse a un acuerdo, la Junta de Gobierno envía contingentes armados a combatir a los jefes sublevados y para compensar la debilidad en que esto pone a Lima y al Callao, está armando elemento civil que, falto de disciplina y de principios de moral militar, puede en cualquier momento convertirse en un peligro para el orden social".³⁹

Frente a la ola de rechazo que su candidatura a la presidencia despertó, el comandante Sánchez Cerro ensayó un retroceso táctico, insistir hubiese provocado una guerra civil. Para los ex-civilistas y conspicuos miembros de la oligarquía que maniobraban en torno al caudillo su elección como presidente

constitucional hubiese significado la recuperación del control político del país, pero 1931 no era 1919. La renuncia dejó al comandante en condiciones de tentar posteriormente su elección, además su popularidad quedó intacta.

Sánchez Cerro renunció ante una Asamblea constituida por delegados de partidos políticos, directores de periódicos, jefes militares, autoridades políticas, municipales e inclusive religiosas y representantes de instituciones sociales y gremiales de la capital. Horas después se encargaba del mando una Junta presidida por el Dr. Ricardo Elías, Presidente de la Corte Suprema. Era el 10. de marzo de 1931, dos días después tuvo lugar en la Prefectura de Arequipa una reunión de negociación entre la Junta del Sur y la de Lima. En esa ocasión el punto de desacuerdo fue la presidencia del nuevo gobierno, el Coronel Llona —representante capitalino— afirmó que si se trataba de evitar la guerra civil, el señor Samanez Ocampo debía renunciar a sus pretensiones. Bustamante de la Fuente respondió que no se podía ceder en ese punto pues Samanez en la presidencia era la mejor garantía del cumplimiento de los ideales sureños, sobre todo de la pureza del proceso electoral. Tal fue la insistencia sureña en este aspecto que inclusive Bustamante manifestó que la Junta de Arequipa renunciaba a los ministerios, inicialmente exigidos, a cambio de que fuera Samanez el presidente del nuevo gobierno.⁴⁰ He aquí una muestra de la inexistencia de una actitud hegemónica de los sureños en el nuevo gobierno.

El 5 de marzo parecía haberse logrado un acuerdo entre los gobiernos de Lima y Arequipa, sin embargo ese día el Comandante Jiménez desembarcó en el Callao y luego de tomar Palacio asumió el control de la capital. Las negociaciones volvieron nuevamente a fojas cero.

LA FORMACION DE LA JUNTA DE SAMANEZ

La renuncia de Sánchez Cerro fue el retiro temporal de la opción oligárquica que aspiraba a retomar el control político en alianza con un sector del ejército. Al igual que en agosto del año anterior,

el gobierno quedó al garete: ningún sector logró imponer su hegemonía. Los partidos de las clases dominantes estaban desbandados, el Partido Comunista y los apristas carecían de la guarniciones militares, estaban en rebeldía. "He aquí —ha escrito Jorge Basadre— una de las etapas más llenas de incertidumbre y de inestabilidad de la historia de la república".

Tres núcleos principales se distinguían en la escena política: Jiménez apoyado por la guarnición de Lima, la Marina en segundo lugar y, en tercero, los sublevados del sur. 41 En esas circunstancias la figura de Jiménez comenzó a ganar importancia, el antes oscuro comandante —dice Basadre— alcanzó una dimensión nacional, hábilmente logró el apoyo de la Marina y de la Guarnición de Piura e Iquitos, horas después presidía la Junta Transitoria de Gobierno. Una vez en Palacio, Jiménez reinició las conversaciones con Arequipa, donde comenzaban a surgir desacuerdos entre civiles y militares, el día 8 de marzo el comandante Beytía exigió que Bustamante de la Fuente sustituyese a Samanez en la presidencia de la Junta pues éste lucía "...sumamente decaído física y mentalmente, hasta el punto que se queda dormido en todas las reuniones". Ante tan inesperada exigencia la Junta Civil renunció. Desde ese momento, la conformación del nuevo gobierno dependió de las conversaciones telegráficas entre Jiménez y Samanez. A pesar del insistente pedido de Jiménez para que se hiciera cargo de la presidencia Samanez se negó, fue su viejo amigo, Luis E. Valcárcel quien logró convencerlo. Días después desde Palacio, Samanez recordó de la siguiente manera aquellos dramáticos momentos:

"...la renuncia de la Junta de Arequipa se proyectó aquí con caracteres muy graves obligando esta circunstancia a un intenso intercambio de telegramas entre Jiménez y yo de cuyas resultas y de la presión ejercida por todos los elementos de Arequipa, excepción hecha naturalmente de mis compañeros de aquella junta, que parece se daban por mal servidos, me vi obligado a emprender el viaje que hice en avión" 42

De esa manera, en un acto en que jugó sobre todo su voluntad, David Samanez Ocampo viajó a Lima para convertirse, por nueve meses, en el jefe del gobierno. En los momentos más agudos de la

crisis, las iniciativas individuales ha escrito Régis Debray— de algunas personalidades proyectadas repentinamente sobre la escena política, cobran extraordinario relieve, son precisamente los momentos en que los hombres hacen la historia.

Algunos meses después Manuel J. Bustamante de la Fuente confirmó el carácter individual del gesto de Samanez.

“La Junta del Sur que funcionó en Arequipa acordó (...) su renuncia unánime. Llamado desde Lima inmediatamente después el Sr. Samanez emprendió viaje, sin que sus compañeros de la Junta de esta ciudad conociéramos su decisión ni lo hiciéramos nuestro representante. Los que aquí intervenimos entonces no tenemos, pues, participación en la actual Junta de Gobierno ni responsabilidad por su defectuosa constitución”.⁴³

Sobre precarias bases Samanez emprendió la tarea de constituir un nuevo gobierno. Trabajo enorme me proporcionó la constitución de la nueva Junta —escribió— pues nadie quería asumir la responsabilidad del momento⁴⁴ Finalmente se decidió formarla con personas oriundas de las distintas regiones del país. Por el sur: Francisco Tamayo —fundador del Partido Agrario Nacionalista del Cusco—, Manuel Vinelli ex-ministro de Pardo y de Sánchez Cerro—. Por el norte: Rafael Larco Herrera —propietario de la hacienda Chiclín y opositor de Sánchez Cerro—, del oriente se incluyó a Ulises Reátegui y por la región central al comandante Jiménez y a José Gálvez, redactor de “El Perú” —órgano de la Acción Republicana— cuya inclusión fue más bien a título personal.⁴⁵

En realidad la mayoría de los miembros del gobierno no representaban a sus respectivas regiones, su inclusión en la Junta era el resultado de apresurados acuerdos tomados en Lima. El relativo apoyo que las fuerzas armadas confirió al nuevo gobierno fue su mejor argumento, así mismo los partidos interesados en retornar a la constitucionalidad le dieron su respaldo en tanto que garantizase la realización de elecciones generales. A pesar de todo los meses que Samanez estuvo en el poder estuvieron matizados por numerosas huelgas y rebeliones militares, en una carta a su esposa el gobernante recogió el dramatismo y la tensión de aquellos tiempos:

“En este momento son las 2 de la mañana, día 25 de marzo. En cambio el silencio natural que debiera reinar, se siente en acelerado paso de oficiales y tropa que se mueven en todas direcciones dentro de los muros de este histórico y casi maldito Palacio de Pizarro, testigo de tantos crímenes y tantas intrigas que constituyen su negra historia. Este ir y venir de hombres armados, aquí dentro en Palacio significa nada menos que el terror, la desconfianza de un movimiento revolucionario que puede producirse en cualquier momento y con cualquier pretexto. Antes de ayer se sublevó el batallón de infantería No. 5 acuartelado en Santa Catalina a las 6 de la tarde y se vino directamente a atacar Palacio” 46

Para el movimiento obrero y para las grandes masas urbanas el cambio de gobierno no tuvo mayor significación, al igual que en los meses previos, continuaron dominando el escenario político tal como lo muestran los numerosos conflictos y movimientos huelguísticos habidos en 1931.

En rigor, el movimiento ocurrido en Arequipa utilizando palabras de Gramsci— fue un “fenómeno de coyuntura”, es decir fue de aquellos movimientos de poca importancia histórica que dan lugar a una crítica política mezquina, cotidiana, que se dirige a los pequeños grupos dirigentes y a las personalidades que tienen la responsabilidad inmediata del poder. 47

A MANERA DE CONCLUSION

Las expectativas que los descentralistas arequipeños se hicieron cuando Sánchez Cerro tomó el poder en 1930 fueron esfumándose conforme se hizo evidente su política de defensa de los intereses agro-exportadores, lo que suponía el retorno a un gobierno oligárquico de corte centralista y apoyado en el caciquismo parlamentario de la República Aristocrática, lo que significaría la postergación de las ansiadas reivindicaciones descentralistas. 48 La candidatura de Sánchez Cerro a la Presidencia fue tomada por los descentralistas como una farsa destinada a legitimar su

“auto-elección”, ante la cual fueron pocos los argumentos que los descentralistas pudieron oponer, básicamente ganar el mayor número de escaños parlamentarios para, por lo menos, fiscalizar la labor del nuevo gobierno.

Por razones distintas la candidatura de Sánchez Cerro fue recibida negativamente en las filas militares, en Arequipa un grupo de jefes del ejército prepararon un movimiento militar cuya motivación —según sostenían sus jefes— el incumplimiento de los ofrecimientos hechos por Sánchez Cerro al asumir el poder y su propósito de lanzar su candidatura a la presidencia de la República reteniendo en sus manos el gobierno.⁴⁹ Al no encontrar sino una débil resistencia, el movimiento militar fue exitoso. Pero pronto se hizo evidente la poca claridad de sus objetivos políticos y su falta de apoyo popular, ⁵⁰ ante lo cual los jefes militares entregaron la dirección política del movimiento a una Junta Civil que asumió como suyo el programa del Partido Descentralista, cuyos dirigentes, sin habérselo propuesto, quedaron a la cabeza de un movimiento que fue creciendo en importancia conforme la crisis política se hacía más aguda ante la inexistencia de una fuerza que impusiera su hegemonía.

Durante las negociaciones con los gobiernos “limeños” de Elías y Jiménez, y también posteriormente,⁵¹ los descentralistas no expresaron aspiraciones de carácter nacional, por el contrario se automarginaron del nuevo gobierno presidido por Samanez Ocampo el que ni siquiera incluyó a sus representantes.⁵²

I. ARCHIVOS

Archivo Manuel J. Bustamante de la Fuente (AMJBF) (En el Archivo General de la Nación): años 1930 y 1931.

Archivo personal de Don David Samanez Ocampo (ADSO): Años 1930 y 1931.

Archivo de Don Luis E. Valcárcel (ALEV): años 1930 y 1931.

II. PERIODICOS

Lima: “El Comercio” 1930 y 1931. — “El Perú” 1931.

Arequipa: “El Pueblo” 1930 y 1931.

NOTAS

1. Lévano, César: "Mariátegui, la voz del Perú integral" en **Regionalismo y Centralismo**, p. 58.
2. Flores Galindo, Alberto: **Arequipa y el Sur andino**, p. 97.
3. Idem, p. 97
4. Rénique, José Luis: **Crisis política y Movimiento regional en el Perú: El Caso de Arequipa - 1931**, pp. 1-10.
5. Flores Galindo, Alberto: op. cit., p. 136.
6. Citado en Rénique, José Luis: op. cit., p. 13.
7. Villena, Francisco: **La Formación del Partido Liberal en Arequipa** pp. 29-30.
8. Francke, Marfil: **El Movimiento Indigenista en el Cuzco**, p. 120.
9. Sobre este suceso ver: Rénique, José Luis: op. cit., pp. 19-20
10. Colque, Víctor: **Dinámica del Movimiento sindical en Arequipa: 1900-1968**, p.6.
11. Romero, Emilio: "Economía del Sud-Perú" p. 28
12. Ver en Romero, Emilio: "En torno al Regionalismo y Centralismo" en **Regionalismo y Centralismo**, p. 27
13. Ver Romero, Emilio: **El Descentralismo**, también en Rénique, José Luis: op. cit. pp. 22-26.
14. Pacheco V., César: "Descentralismo y Regionalismo en el pensamiento de Víctor Andrés Belaúnde", pp. 32-33.
15. Valcárcel, Luis E.: "El Problema Indígena" (Conferencia leída en la Universidad de Arequipa el 22 de enero de 1927), p. 121.
16. Villanueva, Víctor: **Así cayó Leguía**, p. 112.
17. Basadre, Jorge: **La Vida y la Historia**, p. 562.
18. Polar U. Mario: **Viejos y Nuevos tiempos**, p. 114.
19. En "Noticias", Arequipa, 27 de agosto de 1930, citado en Ugarteche, Pedro: **Sánchez Cerro**
20. "El Perú", Lima 12 de agosto de 1931, p. 1.
21. El programa del Partido Descendralista puede encontrarse en "El Pueblo", Arequipa 22 de enero de 1931.
22. Carta de Manuel J. Bustamante de la Fuente a David Samanez Ocampo, Arequipa 9 de febrero de 1931,

Archivo de Manuel J. Bustamante de la Fuente. 1931.

23. Carta de David Samanez Ocampo a Manuel J. Bustamante de la Fuente, Cusco, 6 de febrero de 1931, AMJBF/1931.

24. Carta de David Samanez Ocampo a Luis M. Sánchez Cerro, Cuzco, 26 de enero de 1931, AMJBF/1931.

25. Carta de Manuel J. Bustamante de la Fuente a David Samanez Ocampo, Arequipa, 9 de febrero de 1931, AMJBF/1931.

26. Carta de Manuel J. Bustamante de la Fuente a Luis Alberto Sánchez, Lima, 23 de mayo de 1970 en Basadre, Jorge: **Introducción a las Bases documentales...**, V. II, pp. 1005, 1006.

27. **Manifiesto del Partido Descen-**tralista, en "El Pueblo", Arequipa 22 de febrero de 1931.

28. Chirinos Pacheco, Benjamín: **Hacia un Perú Nuevo**, p. 31.

29. Carta de David Samanez Ocampo a su esposa. Lima 22 de marzo de 1931. Año 1931.

30. Carta de David Samanez Ocampo a Manuel J. Bustamante de la Fuente, Cusco 26 de enero de 1931. AMJBF/1931.

31. Villanueva, Víctor: **Ejército Peruano** (Del caudillaje anárquico al militarismo reformista), p. 203.

32. Carta de Manuel J. Bustamante

de la Fuente a Luis Alberto Sánchez. Lima 23 de mayo de 1970, en Basadre, Jorge: **Introducción a las Bases Documentales...** V. II, p. 1007.

33. "El Pueblo", Arequipa 21 de febrero de 1931, p. 1.

34. **Manifiesto del Partido Descen-**tralista al Pueblo de Arequipa en "El Pueblo", 23 de febrero de 1931, p. 6.

35. **A la Nación** (Manifiesto de la Junta Provisional) en "El Pueblo", 21 de febrero de 1931, p. 1.

36. **Manifiesto de la Junta de Gobierno del Sur.** "El Pueblo", Arequipa 25 de febrero de 1931, p. 1.

37. Polar Ugarteche, Mario: **Viejos, y Nuevos Tiempos** (Cartas a mi nieto) p. 114; Chirinos Pacheco, Benjamín: op. cit., p. 21; Zegarra Meneses, Guillermo: **Historia del Colegio de Abogados y Apuntes para la Historia de Arequipa**, p. 86.

38. Villanueva, Víctor: op. cit., p. 204.

39. "El Comercio", Lima 1 de marzo de 1931, p. 1 (Edición extraordinaria)

40. **Acta de la Reunión**, AMJBF/1931.

41. Basadre, Jorge: **Historia de la República**, V. XIV, p. 63.

42. Carta de David Samanez Ocampo a su esposa, Lima 22 de marzo de 1931, ADSO/1931.

43. Declaraciones de Manuel J. Bustamante de la Fuente del 12 de agosto de 1931, AMJBF/1931.

44. Carta de David Samanez Ocampo a su esposa, Lima 22 de marzo de 1931; ADSO/1931.

45. Basadre, Jorge: **Historia de la República**, V. XIV. p. 64.

46. Carta de David Samanez Ocampo a su esposa, Lima 22 de marzo de 1931, ADSO/1931.

47. Gramsci, Antonio: **Maquiavelo y Lenin** (Notas sobre la Política y el Estado Moderno) p. 53.

48. Ver Rénique, José Luis: op. cit., capítulos III y IV.

49. Ver la carta que Manuel J. Bustamante de la Fuente envía a Luis Alberto Sánchez el 23 de mayo de 1970, citada en Basadre, Jorge: **Introducción a las Bases...**, pp. 1005-1009. Allí Bustamante señala que cuando llegó a Arequipa, luego de varios años, en enero de 1931 encontró que varios jefes militares tenían planeado un movimiento militar cuyos planes le revelaron, encontrándolos aceptables. De este testimonio se desprende que ni él ni ninguno de los que luego integraron la Junta Civil participaron en el planeamiento del movimiento.

50. Una prueba de la poca claridad política de los jefes militares del movimiento de febrero del 31 en Arequipa es el comunicado de apoyo

al movimiento del General Martínez ocurrido en el Callao el 20 de febrero y que era de inocultable filiación leguista (ver "El Comercio", Lima 25 de febrero de 1931, p. 1. Edición Extraordinaria). Posteriormente los dirigentes civiles se esforzaron por borrar la primera imagen leguista que dejó aquel comunicado. El movimiento no tuvo apoyo popular, las masas arequipeñas continuaron fieles a Sánchez Cerro, la Junta del Sur se esforzó en borrar su imagen de benefactor, el 24 de febrero la Junta distribuyó el siguiente volante:

"Gentes interesadas en engañar al pueblo de Arequipa, le están haciendo creer que a Sánchez Cerro se debe la supresión de la Conscripción Vial. Es indispensable que este pueblo comprenda que esa medida se debió a los miembros de la Junta de Gobierno que se constituyó en ese entonces en la ciudad. Eran ellos los que propusieron esa y otras medidas de las que Sánchez Cerro ni se dio cuenta. Pueblo de Arequipa: te tratan de engañar". ("El Pueblo", Arequipa 25 de febrero de 1931, p. 1).

51. Ver Rénique, José Luis: op. cit., capítulo IV, sobre la participación de los descentralistas en las elecciones de 1931.

52. El presente artículo está basado, en su mayor parte, en mi tesis de Bachiller en Historia: **Crisis Política y Movimiento Regional en el Perú: el caso de Arequipa - 1931**. Agradezco muy especialmente la gentileza de la señora Consuelo Samanez Ocampo vda. de Samanez quien me permitió consultar los papeles personales de su padre.